

Opinión & Debate

EDITORIALES

Pasos firmes hacia la Huelga General

La resolución de la Plenaria Extraordinaria celebrada este mes en Barcelona ha venido a confirmar el camino lógico que inició la Confederación General del Trabajo cuando, allá por septiembre de 2008, presentaba su campaña contra la crisis. Ya entonces se anunciaba que todas las movilizaciones que comenzaban en ese momento o que habían comenzado poco antes tenían como horizonte la Huelga General. Con esta resolución podemos afirmar que hoy el horizonte está algo más cerca que hace medio año.

A día de hoy seguimos diciendo lo mismo que decíamos en el pasado septiembre: esta crisis no la hemos creado nosotros. Se trata de una crisis propia del sistema capitalista, que se repite de forma cíclica para reajustar lo que no les conviene. Y lo "gracioso" de estos reajustes es que siempre los tenemos que pagar nosotros, y ya estamos hartos. Desde CGT pensamos que ya es hora de hacer algo, de que "los de abajo" presenten una respuesta contundente y organizada. Y esta respuesta es la Huelga General.

¿Por qué creemos que hay que hacerlo ya? Nos sobran razones; tantas como injusticias a este sistema. De cada injusticia nosotros formulamos una reivindicación, y tenemos muchas. Las hemos agrupado en cuatro bloques: repartir el trabajo para trabajar todos y todas (semana laboral de 35 horas, fin de las horas extra, fin del despido libre, de los EREs, de las ETTs, contratos fijos, indefinidos y sin subcontratas, autogestión obrera de las empresas que cierren...), repartir la riqueza porque la hemos creado entre todos (salario social digno para los desempleados, equilibrio entre los salarios, subida del salario mínimo y la pensión mínima, gratuidad de los servicios públicos básicos, derecho a la vivienda real, conversión de los espacios abandonados en espacios sociales autogestionados...), crear una sociedad de servicios públicos y sociales (paralizar las privatizaciones, derecho a cuidar y ser cuidado, igualdad de derechos para las personas inmigrantes, desarrollar una sociedad de derechos y libertades real...) y construir una sociedad solidaria y sostenible (eliminar las industrias contaminantes, favorecer la producción agroecológica, autogestionar localmente los sistemas de producción y consumo...).

Para todo esto, la Resolución llama a la participación y el compromiso, asumiendo nuestra parte en la lucha junto a los movimientos sociales, movimientos y luchas populares, estudiantiles, movimiento feminista, redes de inmigración... Todxs juntxs contra el Estado y el capital. En esta lucha tendrán autonomía los Entes confederales, adaptándose a las circunstancias concretas de cada sindicato, Federación, Territorial. Paralelamente, se lista una serie de campañas confederales que nos ocuparán en los próximos meses y de las que os iremos informando en éste vuestro periódico, comenzando por la manifestación confederal del 18 de abril en Zaragoza, continuando con el 1º de Mayo, la semana de lucha del 11 al 16 de mayo, el Acto Sindical en Málaga durante el próximo Congreso de la Organización y la Campaña Contra la Unión Europea. Dadle duro, confederales: tenemos tarea por delante.

Los compañeros franceses ya llevan dos huelgas generales en lo que va de año (el 29 de enero y el 19 de marzo), que se han saldado con sendos éxitos (dos millones y medio y tres millones de trabajadores en las calles, respectivamente). Es hora de hacer aquí lo propio. Si lo hacemos todxs juntxs, no nos podrán parar. Diga lo que diga el Ibex-35, el pueblo es quien mueve cualquier sociedad.

Perros guardianes

Las imágenes que se han podido ver en los medios de comunicación tomadas en el desalojo del Rectorado de la Universidad de Barcelona y en las protestas estudiantiles del mismo 18 de marzo han conmovido a la opinión pública, que ha contemplado con sumo desagrado la actuación policial. Los comentarios del españolito de la calle ese día coincidían en denominar "brutos" a los Mossos d'Esquadra que aparecían en los monitores de TV y en rechazar tales actuaciones.

Parece que ver esto sorprende al ciudadano medio. Y desde la redacción de *Rojo y Negro* no sabemos por qué. En las movilizaciones y protestas que cubrimos, tal comportamiento es bastante habitual. Incluso nosotros, en el ejercicio de nuestra labor y claramente acreditados, tenemos no pocas veces que aguantar intimidaciones, identificaciones, a menudo empujones... Es el pan nuestro de cada día.

En nuestras sociedades, los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado tienen el monopolio de la fuerza. Tal monopolio se nos justifica argumentando que esto es así para protegernos (pero... ¿Quién nos protege de ellos?). Así, nadie puede usar la fuerza para imponerse sobre otro. Sólo estos funcionarios, para mantener el orden público, actuarán con decisión, "rigiéndose al hacerlo por los principios de congruencia, oportunidad y proporcionalidad en la utilización de los medios a su alcance", lo que puede incluir el uso de la fuerza.

En la práctica esto es un cheque en blanco que se suele traducir en una actitud bastante chulesca y una tendencia a "repartir leña" a la mínima que la cosa se complique un poco. El Abogado del Estado en el juicio de la RCADE lo explicaba bien: "La defensa no es un artículo ornamental que lleva la policía porque quede bonito, se la da la Administración para que la utilicen". El problema es que cuando la utilizan, casi nunca se les pide cuentas. Entre otras cosas porque no es nada extraño que al agredido se le denuncie después por "atentado a la autoridad", lo que en caso de condena puede suponer cárcel. Y ya puedes tú denunciarles, que su testimonio "vale doble": ellos son "la autoridad".

Así que no sabemos de qué se extrañan: un antidisturbios es alguien cuyo "trabajo" consiste básicamente en golpear a gente (casi siempre a obreros y estu-

En defensa del decrecimiento

CARLOS TAIBO

La visión dominante en las sociedades opulentas sugiere que el crecimiento económico es la panacea que resuelve todos los males. A su amparo -se nos dice- la cohesión social se asienta, los servicios públicos se mantienen, y desempleo y desigualdad no ganan terreno. Sobran razones para recelar, sin embargo, de todo ello.

El crecimiento económico no genera -o no genera necesariamente- cohesión social, provoca agresiones medioambientales en muchos casos irreversibles, propicia el agotamiento de recursos escasos que no estarán a disposición de las generaciones venideras y, en fin, permite el triunfo de un modo de vida esclavo que invita a pensar que seremos más felices cuantas más horas trabajemos, más dinero ganemos y, sobre todo, más bienes acerremos a consumir.

Frente a ello, son muchas las razones para contestar el progreso, más aparente que real, que han protagonizado nuestras sociedades durante decenios. Piénsese que en EEUU, donde la renta per cápita se ha triplicado desde el final de la segunda guerra mundial, desde 1960 se reduce, sin embargo, el porcentaje de ciudadanos que declaran sentirse satisfechos. En 2005 un 49 % de los norteamericanos estimaba que la felicidad se hallaba en retroceso, frente a un 26 % que consideraba lo contrario. Muchos expertos concluyen, en suma, que el incremento en la esperanza de vida al nacer registrado en los últimos decenios bien puede estar tocando a su fin en un escenario lastrado por la obesidad, el estrés, la aparición de nuevas enfermedades y la contaminación.

Así las cosas, en los países ricos hay que reducir la producción y el consumo porque vivimos por encima de nuestras posibilidades, porque es urgente cortar emisiones que dañan peligrosamente el medio y porque empiezan a faltar materias primas vitales. Por detrás de esos imperativos despunta un problema central: el de los límites medioambientales y de recursos del planeta. Si es evidente que, en caso

Hay que reducir la producción y el consumo porque vivimos por encima de nuestras posibilidades

de que un individuo extraiga de su capital, y no de sus ingresos, la mayoría de los recursos que emplea, ello conducirá a la quiebra, parece sorprendente que no se emplee el mismo razonamiento a la hora de sopesar lo que las sociedades occidentales están haciendo con los recursos naturales.

Para calibrar la hondura del problema, el mejor indicador es la huella ecológica, que mide la superficie del planeta, terrestre como marítima, que precisamos para mantener las actividades económicas. Si en 2004 esa huella era de 1,25 planetas Tierra, según muchos pronósticos alcanzará dos Tierras -si ello es imaginable- en 2050. La huella ecológica igualó la biocapacidad del planeta en torno a 1980, y se ha triplicado entre 1960 y 2003.

A buen seguro que no es suficiente, claro, con acometer reducciones en los niveles de producción y de consumo. Es preciso reorganizar nuestras sociedades sobre la base de otros valores que reclamen el triunfo de la vida social, del altruismo y de la redistribución de los recursos frente a la propiedad y al consumo ilimitado. Hay que reivindicar, en paralelo, el ocio frente al trabajo obsesivo, como hay que postular el reparto del trabajo, una vieja práctica sindical que, por desgracia, fue cayendo en el olvido. Otras exigencias ineludibles nos hablan de la necesidad de reducir las dimensiones de las infraestructuras productivas, administrativas y de transporte, y de primar lo local frente a lo global en un escenario marcado, en suma, por la sobriedad y la simplicidad voluntaria.

Hablando en plata, lo primero que las sociedades opulentas deben tomar en consideración es la conveniencia de cerrar -o al menos de reducir sensiblemente su actividad- muchos de los complejos fabriles hoy existentes. Estamos pensando, cómo no, en la industria militar, en la automovilística, en la de la aviación y en buena par-

te de la de la construcción. Los millones de trabajadores que perderían sus empleos deberían encontrar acomodo a través de dos grandes cauces. Si el primero lo aportaría el desarrollo ingente de actividades en los ámbitos relacionados con la satisfacción de las necesidades sociales y medioambientales, el segundo llegaría de la mano del reparto del trabajo en los sectores económicos tradicionales que sobrevivirían. Importa subrayar que en este caso la reducción de la jornada laboral bien podría llevar aparejada, por qué no, reducciones salariales, siempre y cuando éstas no lo fueran en provecho de los beneficios empresariales. Al fin y al cabo, la ganancia de nivel de vida que se derivaría de trabajar menos, y de disfrutar de mejores servicios sociales y de un entorno más limpio y menos agresivo, se sumaría a la derivada de la asunción plena de la conveniencia de consumir, también, menos, con la consiguiente reducción de necesidades en lo que a ingresos se refiere. No es preciso agregar que las reducciones salariales no afectarían, naturalmente, a quienes menos tienen.

El decrecimiento no implicaría, para la mayoría de los habitantes, un deterioro de sus condiciones de vida. Antes bien, debe acarrear mejoras sustanciales como las vinculadas con la redistribución de los recursos, la creación de nuevos sectores, la preservación del medio ambiente, el bienestar de las generaciones futuras, la salud de los ciudadanos, las condiciones del trabajo asalariado o el crecimiento relacional en sociedades en las que el tiempo de trabajo se reducirá sensiblemente. Al margen de lo anterior, conviene subrayar que en el mundo rico se hacen valer elementos -así, la presencia de infraestructuras en muchos ámbitos, la satisfacción de necesidades elementales o el propio decrecimiento de la población- que facilitarían el tránsito a una sociedad distinta. Y es que hay que partir de la certeza de que, si no decrecemos voluntaria y racionalmente, tendremos que hacerlo obligados de resultados del hundimiento, antes o después, de la sinrazón económica y social que padecemos.

PAULA CABILDO



El retorno de los brujos

RAFAEL CID

La acelerada modernización de la sociedad española tiene los pies de barro y la cabeza de plomo. En lo material, somos la novena potencia económica del mundo, pero en lo civilizatorio seguimos en las manos seráficas de brujos y exorcistas de tres al cuarto. Y así, la tan cacareada pátina de comunidad próspera y avanzada, a menudo cede terreno ante el hechizo de las palabras de la tribu. Históricamente el atavismo en el ruedo ibérico ofrece dos caras. La de una derecha de casa-cuartel, a menudo integrista y pía, y la de una Iglesia solaz trentista y arrebatacapras que monta guardia, lista para lanzar sus tropas de asalto cuando estima que la ciudadanía se aleja del temor de Dios.

Ferrer i Guardia tenía razón al prever que hasta que en España no creciera una generación instruida en el racionalismo humanista, no alumbraría una cultura sentidamente democrática. De hecho, más que un enfrentamiento de signo ideológico entre derechas e izquierdas, el reñidero hispano ha consistido secularmente en un conflicto entre creyentes y heterodoxos, entre la intolerancia inquisitorial y la secularización de la ilustración. Cuando Franco y su Cruzada alcanzaron sus últimos objetivos militares, lo que yacía en las cunetas no eran ideales rojo-separatistas sino los últimos flecos de una estirpe liberal fecundada en el crisol de las Cortes de Cádiz y lo que ella alumbró.

Y en eso llegó el PSOE, y descubrió las virtudes de la pareja: primero, el tricorno; luego, el misal. Ganados por el espíritu del consenso y el mantra de la transición, los socialistas en el poder y en la alternancia declinaron profundizar el legado laicista de sus mayores. Al "casar" el Concordato con la Santa Sede, firmado en 1953 y ratificado en 1979, en el ordenamiento jurídico de la democracia, volvieron a abrirse para la amnistiada Iglesia del Alzamiento y de los procuradores en las Cortes franquistas unas expectativas que ni los pulpitos más promiscuos podían imaginar. La entronización de la España beata, mitad monje mitad soldado, volvía por sus fueros. El testigo de Pablo Iglesias cedía posiciones donde un moderado como el ucedista Francisco Fernández Ordoñez con su ley del divorcio había demostrado un encomiable coraje cívico. A esa cesión sin paliativos lo llamaron "reconciliación nacional".

De ahí el nasciturus de una Constitución con bandera de conveniencia, que en teoría prescribía la no confesionalidad del Estado pero en la práctica no

sólo venía en reconocer que "la Religión Católica, Apostólica Romana sigue siendo la única de la Nación española" sino que además habría de colmar de privilegios a la curia al aceptar que "El Estado español reconoce a la Iglesia católica el carácter de sociedad perfecta". Lo demás vino rodado. Colegios concertados en la enseñanza secundaria a costa del contribuyente. Elitistas universidades de la Iglesia. Vaticanistas con traje de pana, como José Bono y Paco Vázquez, entre los patas negra del socialismo en el poder. Alcaldes como Juan Alberto Belloch renombrando calles a mayor gloria de Escrivá de Balaguer, el fundador del Opus Dei. El expreso reconocimiento de la persecución religiosa en la ley de Memoria Histórica, ratificando así la condición legal de Cruzada de la sublevación fascista. Y, por si quedaba alguna duda, la validación del acto de aceptación de los cargos por los miembros del gobierno ante una biblia y un crucifijo. Todo para cohabitar con una Iglesia que ha descubierto la renta-

bilidad de la estrategia de la tensión, no dudando incluso en preñar opciones involucionistas para blindar sus intereses, como demostró el silencio cómplice de la Conferencia Episcopal el 23-F.

De ahí a la campaña del linco, o la denostación del preservativo hecha por el Gran Brujo blanco en África para gozo de las multinacionales que fabrican retrovirales, hay sólo un palmo. Tienen razón Rouco y sus hermanos, pero se han equivocado de cuadrante: a partir de ahora, en el continente negro, posiblemente un linco tendrá más horizonte vital que un ser humano. La caverna en España es para muchos esa Iglesia Católica, Apostólica y Romana preconstitucional y trabucaire, y mientras su confinamiento en los ámbitos de su propia doctrina no sea una misión de Estado, aquí no habrá democracia ni Estado de Derecho, y las libertades estarán en almoneda. Si la reina Sofía se exploya contra la ley de matri-

monios homosexuales, secundando las diatribas de los prelados, sin recibir la réplica del gobierno, se puede deducir que el poder político en este país es un poder bajo palio.

El trabajo de Hércules de la política española pasa por renovar a aquel Azaña liberal de "España ha dejado de ser católica", referencia hecha para señalar la laicidad implícita de la república. No es tarea fácil, se requiere esfuerzo, entrega y sacrificio, pero sobre todo tener la plena convicción de que hasta que no se conjuren "las palabras de la tribu", la autodeterminación de la persona en el contexto de una comunidad democrática será sólo un señuelo. No se trata de entronizar de nuevo a la "diosa razón". Las cartas están dadas hace siglos. En el nombre "de pila" de las personas, en las fiestas más señaladas del calendario y hasta en las fórmulas de cortesía, la impronta religiosa pervive en las gentes como el herrado de las reses en los dehesas. Se trata de evitar que esa metástasis gangrene el cuerpo social bajo fórmulas etnográficas, a medio camino entre el folklore y la religiosidad popular, que permitan, por ejemplo, que las procesiones de Semana Santa deriven en pronunciamientos y soflamas. Se trata de no seguir interpretando el siglo XXI a través del espejo retrovisor del XIX. Para que un señor no tenga que recurrir al juzgado para retirar un crucifijo en la clase de su hijo. Es decir, para que se cumpla la Constitución de todos por encima del Concordato de una facción.

París, Kronstadt, Iruñea...

COLECTIVO MALATEXTOS

Cada año, cuando entra el mes de marzo, irremediadamente se pasean por mi cabeza los relatos de dos momentos históricos cuyos hechos más notables acontecieron en este mismo mes y que fueron, sin duda, dos de las mejores experiencias del ejercicio de la libertad y dignidad popular en Europa. Me refiero a la Comuna de París, en tiempos de la tercera República francesa y a la Insurrección de Kronstadt, en los primeros años de poder bolchevique en Rusia.

Existen importantes paralelismos entre ambas "revoluciones". En primer lugar, las dos se opusieron a un régimen cruel y autoritario, por mucho que se enarbolaban los valores del republicanismo, en un caso y del poder del pueblo, en el otro. Por otra parte, en ambas, la democracia directa y la participación de la clase obrera y campesina fueron el centro de gravitación del proceso de transformación social que se iniciaba. Por último, ambas tuvieron que sufrir la mentira, la manipulación, el asedio y la represión del Estado, únicas armas con las que contaba éste para combatir al pueblo, que había decidido comenzar su camino de autonomía, justicia y libertad.

Hoy, en el mes de marzo de 2009, a ciento treinta y ocho años de distancia de la Comuna de París, a ochenta y uno de la Insurrección

de Kronstadt y a un montón de kilómetros de ambas localidades europeas, en Iruñea puedo respirar el aliento de aquellos momentos. Las calles amanecen empapeladas con los rostros de Lennon, Parks, Gandhi, Toro Sentado y Burns, diciendo que ellos y ellas también lo hicieron, se sentaron, se plantaron ante la injusticia. Un montón de movilizaciones se nos proponen a la ciudadanía por parte de un grupo de personas que quisieron hablar de auténtica participación ciudadana y de autogestión frente al nuevo régimen totalitarista, el del supuesto civismo. Igual que en París y en Kronstadt, les toca hacer frente a la mentira y al castigo, hasta penas de cárcel piden para un buen número de ellos. Su delito, participar en una senda pacífica en la que se exigían locales que gestionaran libre y compartidamente. Esta agitación, evocadora de otras más gloriosas, evidencia el marcado autoritarismo del Ayuntamiento de Iruñea, engrasa a la ciudad y a sus gentes, exige movilización y solidaridad, desde abajo, por unos modos de vida más libres.

Debemos entender que se nos presenta una nueva oportunidad en nuestra historia, nuestra Historia local, que no podemos dejar pasar. Una batalla en la que, si nos implicamos, no podemos perder, para así atesorar otro marzo de dignidad que haga posible pensar en un futuro mucho mejor.

Hoy, en marzo de 2009, a un montón de kilómetros, en Iruñea puedo respirar el aliento de aquellos momentos

XPRESATE
cartas@rojoynegro.info

Las aportaciones que se envíen a Rojo y Negro deben incluir nombre y apellidos del remitente, así como el número de carnet confederal de CGT. Las cartas no deben pasar de 10 líneas de extensión. Rojo y Negro podrá reducirlos o editarlos para su publicación. Las cartas que no entraran en la presente edición serán publicadas en la sección de Cartas de www.rojoynegro.info

El miedo es libre

Hola compañeros, soy Gaza, un currela del metal que desde primeros de febrero soy el secretario de la S.S. en Roldán S.A. Llegué a la CGT gracias a la total desidia que impera en el seno del comité de empresa, formado por sindicatos mayoritarios (CCOO-UGT).

En platilla somos unos 450 trabajadores, y actualmente sufrimos un ERE por la falta de pedidos, una situación un tanto extraña, porque esta empresa lleva ganando cantidades bestiales de dinero en los últimos años, y cuando deja de ingresar tanto beneficio, nos manda para casa quince días al mes y que nos pague el sueldo el estado, o sea: todos los españolitos.

Retomando el tema sindical, dentro del comité se ha instalado un miedo escandaloso hacia la CGT, primero porque consideraban que

sólo éramos espontáneos que saltan al coso taurino a dar un par de manoletinas, craso error por su parte, ya que estamos recibiendo un apoyo un tanto inesperado, pero a la vez muy gratificante: somos en este momento cuarenta y cuatro afiliados sobre unos 250, pero lo que mas les duele es que son sustraídos a los otros sindicatos, por lo que están cagados.

Ahora que saben que vamos en serio, que nuestro objetivo es representar a los trabajadores, y no como ellos que sólo se representan a si mismos, nos tratan de desprestigiar, diciendo que somos un sindicato de panadereta, que sólo buscamos protagonismo... Otro error: tenemos como objetivo en las elecciones sindicales darles donde más les duele: quitarles el mayor número de delegados y cambiar la dinámica putrefacta de este comité.

Señores de CCOO-UGT: el miedo es libre.

Gaza.

Territorio anárquico

Me dirijo a usted [Director Diario Sur, Málaga] para mostrar mi malestar por el uso inadecuado de términos relacionados con la anarquía o el anarquismo para definir el desbarajuste urbanístico que se está produciendo en la Axarquía y en el resto de la provincia de Málaga y, si me apuran, en todo el país.

Es cierto que la RAE ha dado entrada en sus páginas a conceptos propios de las clases y grupos dominantes que, precisamente por serlo, imponen su visión al conjunto de la sociedad. Esto es evidente, por ejemplo, en el caso de la definición de conceptos que tienen relación con el hombre y la mujer y también lo es

en el del término "Anarquía" que, a juicio de muchos de nosotros, no sólo no es sinónimo de caos, sino justamente la única salida racional al auténtico caos: el que se deriva del capitalismo salvaje y del neoliberalismo.

Pero centrándonos en el ámbito del urbanismo, parece claro que lo que ha ocurrido en la Axarquía podría dar para calificar ese territorio de especulativo (por el tipo de prácticas que lo han fomentado) o capitalista (por el sistema económico que favorece ese tipo de prácticas), incluso socialista/popular/gilista (por el color de los ayuntamientos implicados); pero nunca anarquista, ni anárquico, ni libertario, porque entre otras cosas los fundamentos urbanísticos libertarios se encuentran en las antipodas de este tipo de pelotazos urbanísticos.

Antonio Somoza.

D@VI

